

UNIVERSO BOULEZ

BOULEZ'S UNIVERSE

Con la desaparición de Pierre Boulez, no solo yo he perdido a mi último Maestro sobreviviente sino que, en cierto modo, se cierra la historia de la gran vanguardia serial de la segunda postguerra. Una generación muy joven, cuyos posibles maestros habían muerto o estaban alejados por la guerra, tomó el relevo de un Webern al que no habían conocido, e instauraron una nueva música a partir de un serialismo integral y de unos principios atemáticos que pulverizaban todo lo hasta entonces establecido. Y, aunque en realidad fueron muchos, la trinidad básica siempre fue la que formaban Pierre Boulez, Karlheinz Stockhausen y Luigi Nono.

Boulez siempre tuvo una acusada personalidad y, siendo principalmente un gran compositor, su labor no solo fue la de componer. También dirigir, organizar, inventar y polemizar acabando por llenar toda su época. Fue el jovencito airado que pateaba en París al Stravinski neoclásico y que luego dirigiría todas las obras del Maestro ruso como nadie y con verdadera devoción. Se puso a dirigir porque muy pocos estaban dispuestos –ni sabían– a montar las obras de aquellos jóvenes y acabó convirtiéndose en una de las grandes batutas de su tiempo, llegando a estar al frente como titular de orquestas como las de la BBC o la Filarmónica de Nueva York. Y quien había preconizado quemar los teatros de ópera acabó rindiendo ante su batuta la fortaleza wagneriana de Bayreuth con aquel inolvidable *Parsifal* o la *Tetralogía* histórica que firmó junto a Patrice Chéreau.

Cuando nadie quería tocar obras contemporáneas en el París de postguerra, aprovechó su trabajo en una compañía teatral privada para crear en el Teatro del Marigny el Domaine Musical, una institución y un grupo que fueron míticos para la difusión de los nuevos músicos de todas las latitudes. Fustigó a las autoridades francesas y acabó rompiendo con ellas instalándose en Baden-Baden, donde siempre mantuvo casa y donde al final moriría. No sin antes haber recorrido el mundo y haber vuelto triunfante a Francia, llamado por el Presidente Pompidou, a imponer aquello en lo que siempre había creído: la creación de un gran centro de investigación musical, lo que es y ha sido el IRCAM y, en torno a él, el Ensemble Intercontemporain. Un acto de generosidad pues la institución no le

ha servido tanto a él como a muchos compositores más jóvenes. O un acto de afirmación y de fe en los postulados de la modernidad que, evidentemente, fueron muy criticados por el revoltijo postmoderno. Cuando ya estaba consolidado, en 1992, dejó la dirección del centro para concentrarse en sus otros intereses musicales: dirección y composición.

Su gran carrera como director y su capacidad de organización y gestión no deben hacernos olvidar que Boulez fue principalmente un compositor y, además, un gran compositor. A veces se ha dicho que su obra compositiva es escasa pero eso no es cierto, ya que el número de sus composiciones es bastante nutrido, pleno de obras muy significativas. Alguien que ha dejado obras como *Le marteau sans maître* o ese enorme fresco que resume muchas cosas, musicales y no musicales, del siglo XX como es *Pli selon Pli* no puede ser sino un gran maestro. Otra cosa es que su afán de perfeccionismo le llevara una y otra vez a volver sobre obras no solo estrenadas y escritas sino incluso muy difundidas, ensayando nuevas versiones como ocurre, entre otras, con *Le soleil des eaux* o con *Le visage nuptial*, o que abriera verdaderas “Works in progress” como ...*explosante-fixe*... o, incluso, *Répons*. Hay muchos, entre los que me cuento, que lamentamos que descatalogara esa biblia del serialismo integral que es *Polyphonie X* aunque algunas de sus grabaciones aún circulen, o que no expandiera el lapidario *Livre pour Quatuor*.

A Boulez, igualmente, hay que agradecerle que mantuviera siempre el carácter de disciplina intelectual que la música tiene y debe otorgársele. Siendo un músico de profunda formación, nunca tuvo reparo en reconocer la influencia que en su creatividad sonora pudieron tener artistas de otras disciplinas. Así, lo que para él significaba como teórico un artista plástico de la categoría del Paul Klee. Él mismo contaba que, siendo muy joven, Stockhausen le había regalado los cuadernos didácticos de Klee diciéndole que era el mejor tratado de composición que podía encontrar. Y acabó escribiendo un interesante libro sobre el pintor. Y no digamos nada de la influencia de Mallarmé cuyo retrato musical esbozó. A través de Mallarmé, Boulez encuentra las raíces del mejor arte francés, pues él, que siempre estuvo a la gresca con Francia y fue muy internacional, era más francés que la torre Eiffel. Con Mallarmé, Boulez se acercó a la esencia de Debussy que siempre está en su música. No en vano proclamó que “con el do sostenido de la flauta de *L’après midi d’un faune*, empieza la música moderna”. Boulez dixit. ■

Madrid, 21 de marzo de 2016

TOMÁS MARCO
Compositor